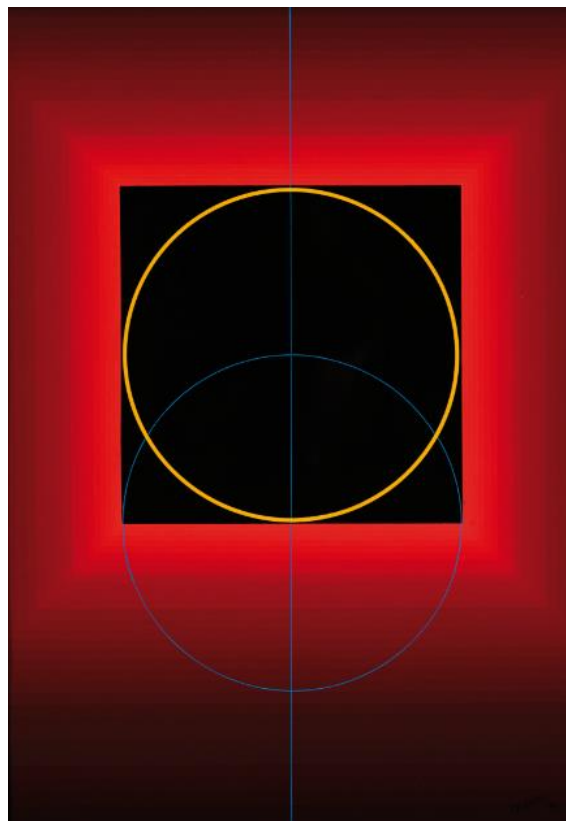


# La extraña venganza de Frida Marangoni

(Mito y rito de una mujer apasionada y sola)

Relato erótico escrito por

© Julián Casado Lamoca



## I

**F**rida, desde hace años, todos los días a la misma hora, temprano, viste la amplia bata de muselina rosa con antiguos encajes sobre el limpio camión de seda natural mate, marfileño, bordado en rosa palo, y pasa al tocador. Prefiere dicho atuendo mañanero a cualquier otro. La vaporosidad de la bata temperaba la austera rigidez de la camisa de noche.

Acaba de bañarse en agua tibia perfumada con sales inglesas. La doncella prepara el baño, siempre a la misma hora, y el leve toque de nudillos en la puerta de comunicación le indican diariamente el momento de levantarse.

En el tocador, sentada en el cómodo sillón veneciano azul turquesa y oro del setecento, relajada tras el baño voluptuoso y lento, cepilla cuidadosamente sus cabellos grises, y como todos los días, se mira largamente en el espejo oval. Se limpia las cejas, depiladas al máximo, y con un fino pincel traza segura dos largos arcos negros sobre los ojos grises. Se empolva con polvos de arroz, al viejo estilo, y colorea sus mejillas. Pasa por sus labios finos, leves, indecisos, la barra de carmín, y aparece roja y falsa una boca picuda, agresiva, provocadora; un corazón pequeño y restallante, cruel, sobre la blanca y pálida máscara marchita. Se pinta según la moda de los años veinte.

Frida suspira y permanece unos minutos, inmóvil, fascinada frente a su propia imagen. La cabeza pequeña, sobre el largo cuello, recuerda los rasgos engañosos de un insecto exótico y voraz.

Espía atenta el transcurso del tiempo y sus inevitables estragos en aquel rostro que, a veces, no reconoce como suyo. Al final, acaba redescubriendo, tras los estragos sedimentados por la vida, en una esforzada labor de arqueología, los rasgos juveniles y lejanos de su esplendor. Se anima. Delgada, dura, afilada como acerado estoque florentino, conserva aún el ímpetu salvaje, ahora ligeramente anquilosado, de su mimada adolescencia en el provinciano palazzo de sus padres. Fue una belleza, y todavía, a sus años, recibe el obsequioso galanteo de los hombres aún vivos, ¿cuántos permanecen de los que formaron su corte en otro tiempo? Lejana y

fría aceptaba con leve y desdeñosa sonrisa, serena, altiva y real, el debido y vetusto homenaje de sus fieles.

Se alza del sillón y sale del tocador.

Levanta las persianas de los amplios ventanales de su dormitorio y tras descorrer las cortinas que tamizan la heridora luz de la mañana, los abre; después se dirige a la puerta que da a la terraza, la abre y mira al exterior. La terraza florida, fresca y luminosa, le atrae. Se detiene indecisa en el umbral.

Y como todos los días a la misma hora, temprano, retrocede supersticiosa al interior del dormitorio y pasa al saloncito que le antecede. El pequeño salón íntimo, coqueto, confortable, constituye desde hace años su cotidiano universo. Clausurada en su interior, vive los acontecimientos del mundo externo a través de los serviles ojos y oídos de los pocos amigos fieles que le restan.

Y sin embargo, todos los días a la misma hora, temprano, rompe su voluntaria clausura.

Todos los días, a la misma hora, temprano, abre la puerta del saloncito, y atravesando el hall penetra en las habitaciones de su marido, cuya puerta de acceso se encuentra frente a la puerta de sus propias habitaciones.

Las habitaciones, salón recibidor, dormitorio y despacho están en penumbra, una semioscuridad que fantasmagoriza el ambiente, los muebles, los objetos...

Frida entra en el dormitorio y abre los ventanales tras descorrer los estores y subir las persianas, y abre la puerta de acceso a la terraza. La limpia luz abrileña y el aire fresco de la mañana iluminan y olean el dormitorio cerrado herméticamente, como el resto de las habitaciones, desde la mañana anterior.

Sale a la terraza, amplia, soleada, florida de geranios, petunias, caléndulas, cénias, margaritas y romero verde oscuro. Limoneros enanos y Naranjos en grandes macetas transforman la terraza en lo más alto del Monte Parioli, en recoleto e íntimo huerto. Desde la terraza, altura abierta a Roma que se distiende en sus colinas, volcada sobre el Tíber, se divisa rosa, gris azulado y malva, Monte Mario. El hotel Hilton, concesión al turismo sobre el monte, rompe con su pesada mole y moderna construcción utilitaria, la suave rotundidad de la montaña. Monte Mario es el más alto de Roma.

Frida recorre la terraza. Limpia de flores y hojas secas alguno de los maceteros. Se detiene ante una gran maceta, ancha y baja, plantada de cenias y caléndulas, y corta unas flores. Hace con ellas un breve ramillete. Una hermosa y roja flor de geranio atrae su mirada y sin unirla al ramillete, es también recolectada.

Pasea lentamente por la terraza demorándose ante el romero. Su fresco aroma, intensificado por el roce de los dedos, dulcifica la mañana y el hosco y tirante ceño de Frida.

La terraza es el único lazo de unión entre sus habitaciones y las de su marido. Frida nunca abrió su puerta de comunicación desde que se trasladaran al palazzino de cinco plantas que junto a otros cuatro que habían alquilado, construyeran sobre el terreno de la antigua villa familiar destruida por los alemanes. El palazzino servía de vivienda a la familia: dos plantas, las primeras, ocupadas por el hijo adoptivo, su sobrino, habido de su hermana, según decían, muerta prematuramente; las tres restantes, reservadas para ellos. El ático estaba siempre a disposición de los amigos, era el apartamento de invitados, con entrada propia, aislado del resto de la vivienda.

Frida entra de nuevo en las habitaciones del marido, en la mano las flores recogidas. En un rincón del dormitorio, cerca de un ventanal, lugar favorito de reposo y lectura, sobre un sillón Luis XV dorado tapizado con gobelinos de escenas galantes, boca arriba, de fina y marfileña paja, el sombrero de Massimo. Una flor de geranio roja, la de la víspera, se recoge dentro del hueco que ocupara largo tiempo el macizo cráneo del esposo. Frida retira la flor del sombrero y coloca en su lugar la flor recién cortada y reservada. Se acerca el secreter sobre el que descansa una fotografía enmarcada en plata de Massimo, en la que L'Onorevole viste la negra camisa del Fascio, y tras retirar el de la mañana anterior, deposita el ramillete al pie de la fotografía. Recorre el dormitorio, acaricia morosa el puño de plata del bastón usado por Massimo, que descansa sobre la gran cama de baldaquino con tendales azules, y comprueba girando sobre sí misma, que todo está igual que el último día.

Ese último día fue la consumación de años y años de resentida espera. Massimo había concluido por reposar en sus brazos, tan necesitados de afecto y por tanto tiempo desolados y vacíos, y le había llamado con el

cariñoso diminutivo, que afluoraba de continuo de sus labios en los postreros años: ¡Mamma!

Sí, en los últimos años, los años de la decadencia, la esposa de L'Onorevole, la esposa decorativa reservada para los actos oficiales, la mujer que se permitiera hacer esperar a la Princesa Mafalda, la dama lejana y fría que con manifiesto desdén había rechazado una clara insinuación amorosa del Duce, había terminado por aceptar, culminación de una tensa espera de años, devota y fiel al marido, el diminutivo cariñoso de mamma, Mamma. El cariñoso apelativo adquiría en labios de aquel hombre que fue su marido, tan viril, tan cortejado, tan mimado por las mujeres, el matiz elemental del hombre desvalido, derrotado por la vida, que regresa finalmente al remansado regazo femenino: inversión exacta del reposo del guerrero. Fue sencillamente el gemido lastimero y medroso del niño, necesitado de fémina elemental, tipo y matriz de todo lo femenino, la madre.

Frida, indecisa, se demora frente a los armarios. Se decide y los abre uno a uno acariciando los trajes, las camisas, las corbatas, hasta detener su mano en la casaca marrón de gentiluomo que portaba L'Onorevole, una vez al año el día especial de su servicio en Palacio, y que hacía ya mucho tiempo que permanecía sin ceñir el recio tórax de su dueño. El rey Victorio Emmanuelle ya no existía, y su sucesor, Humberto, vagaba su realeza por el exilio.

Todos los días de mañana temprano, el mismo gesto indeciso, el mismo reto preciso. Y todos los días de mañana temprano, el mismo suspiro ambiguo escapa de sus labios ante los íntimos objetos del ausente.

Vuelve a mirar el retrato, remira el sombrero de fina paja marfileña con la sangrienta nota roja del geranio en el sitio ocupado tanto tiempo por la maciza cabeza del esposo. Repasa lentamente con la mirada cada uno de los muebles, de los cuadros, de los libros... Tiembla y se contrae como cada día, ante aquel objeto innombrable, y tras comprobar que todo permanece idéntico a ese último día, cierra los ventanales que se abren a la terraza tibia de sol y sonora de pájaros; baja las persianas, corre los estores y se dirige, al irse a sus habitaciones, a la puerta de la terraza común y como todos los días, de mañana, la cierra. Las habitaciones recobran el aire fantasmal, atemporal, de viejo relicario habitado por el recuerdo.

Desanda lentamente el camino, y abriendo y cerrando de nuevo la puerta que da al hall, entra en sus habitaciones.

Diez años cumpliendo con el mismo gesto mañanero, el mismo rito desde aquel suceso postrero. Diez años envejeciendo sola. Diez años volcando su afecto en los objetos, en las prendas íntimas del marido ausente, en lo que fue a lo largo de tantos años de vida aparentemente compartida, su mundo, vacío e inaccesible para ella. Ahora el lugar del marido era suyo, exclusivamente suyo, y aunque vaciado de su presencia atrayente y repelente al mismo tiempo, no sabía, ni quería analizar su sentimiento. Su devota y sacerdotal dedicación al santuario la aliviaba.

Mañana cumpliría igualmente el ritual, exactamente los mismos gestos medidos, las mismas pausas, las mismas indecisiones, los mismos suspiros ambiguos. Mañana igualmente, experimentaría el mismo temblor doloroso, la misma tensión, la misma contracción angustiosa de aquel día ante el objeto innombrable cuya bella forma, de un modo obsesivo, no se apartaba de su imaginación. Mañana la misma vuelta a sus habitaciones sola, como tantos y tantos días, sin recordar ya el número.

Y el objeto, día a día, terrible, hiriendo su visión y amargando su vida. Aquel objeto, tan bello, fue el testigo de lo que determinaría su existencia y cambiara el rumbo de su vida, una sola tarde, una tarde somnolienta y rumorosa de insectos, hacía años, muchos años, en la isla de Capri...

## II

**A**quel objeto se había convertido para Frida en el símbolo revelador de su situación como mujer y como esposa, respecto del hombre que se convirtiera en su marido. La revelación, brutal, hiriente e inesperada, la tuvo a los pocos meses de su matrimonio. Massimo aunque manco del brazo izquierdo a la altura del codo, consecuencia de la explosión de una granada durante su participación en la guerra del 14, había logrado enamorarla con su flamante uniforme de teniente de caballería, su petulancia de joven acostumbrado al triunfo y su alegre y desenfadado humor. Massimo era fuerte, recio, macizo, y lo que fue determinante, muy rico. Pertenecía a una de las grandes familias romanas: cinco papas, varios cardenales y muchos obispos pertenecían a su linaje. Familia belicosa, varios condotieros y algunos generales alternaban amigables con los elementos sacrales. Tras las deliberaciones familiares que sopesaron los pros y los contras del enlace, la había esposado. Massimo le llevaba diez años cuando se casaron. Ella acababa de cumplir los diecisiete y no había salido nunca del ambiente familiar.

La boda fue un acontecimiento social. Los reyes apadrinaron el enlace e incluso la reina Elena tuvo la gentileza de enviarle una cariñosa carta en la que le comunicaba, antes del nombramiento oficial, su deseo de tenerla como doncella.

El noviazgo había durado exactamente un año, y el viaje de bodas alrededor del mundo, tres meses.

Massimo era un jugador nato y durante el viaje, muchas noches, tras intentar convencerle inútilmente, bebía entre suspiros una sola copa en el bar y marchaba en solitario al camarote o la habitación del hotel. Unas rosas rojas eran la petición de perdón al día siguiente.

El póker era la pasión de Massimo. El póker, y concluyó por averiguarlo... las mujeres. La revelación se produjo en Capri. Habían invitado a su villa en la isla a un grupo de amigos entre los que se encontraba D'Annunzio, que prometiera la lectura de su última obra aun inédita, y una conocida actriz, de la que se rumoreaba hace tiempo una relación íntima con Massimo, actriz favorita de D'Annunzio, en total una veintena de personas.

La villa era espaciosa, el jardín acogedor, y para los amantes del baño, -la moda femenina había inventado un bañador que permitía lucir libremente las piernas hasta medio muslo- una escalera escavada en la roca conducía a una especie de plataforma formada por tres amplias y lisas piedras, desde las que resultaba delicioso arrojarse al agua. El sitio, cerca de Marina Piccola, quedaba al resguardo de las miradas indiscretas. Sólo desde el mar, y en una barca, era posible localizarlo. La isla se había puesto de moda. Axel Munthe construía su San Michele, la alta aristocracia y los artistas afluían a la Isla de Tiberio. La Grotta Azzurra con su leyenda orgiástica, y Anacapri encaramada en el solar, con su proverbial rivalidad con Capri a causa del patrón de una y otra villa y por la bondad de sus vinos, eran los lugares favoritos de los invitados. Pesce y vino a la caída de la tarde en Anacapri, y de madrugada, los baños románticos a la luz de la luna en la pequeña caleta rocosa al pie de la villa.

Una tarde hacia las cinco, -los invitados reposaban la abundante comida en el jardín, donde se había servido el café y los licores- Frida, necesitada de un pañuelo. Subió a la habitación matrimonial, entró despreocupada, alegre, ligera, y se encontró por sorpresa, en el lecho matrimonial, el lecho de sus intimidades, a su marido Massimo, despreocupado, desnudo sobre las sábanas de hilo bordadas con su anagrama, el regalo de su madre, con la actriz también desnuda y magnífica según palabras de D'Annunzio, haciendo el amor apasionadamente...

Frida quedó desconcertada. Su marido la vio paralizada en la puerta del dormitorio, los amantes olvidaron echar la llave, pero continuaron con la liza amorosa sin aparente embarazo. Frida, sin que pudiera razonar los motivos, permanecía hipnotizada y fascinada por la majestuosa escena duplicada en el gran espejo del dormitorio, dolorida y lejana, en actitud ambigua de voyeruse, su marido boca arriba, con el brazo derecho, el brazo ileso doblado, y la mano, negligente, bajo la nuca; con el otro brazo, el lesa, cuyo muñón a la altura del codo se recogía en una especie de monstruoso glante, -ella sabía de las habilidades del muñón- jugueteaba con uno de los pezones de la diva, la cual, sentada sobre él, aunque de rodillas, las manos en el pecho del marido, gemía placentera en un juego cuya parte activa llevaba ella. El espejo duplicaba el juego, lo irrealizaba, lo alejaba, y ella, Frida, más atraída por la imagen especular que por el acto real, voluptuoso y carnal desarrollado ante sus atónitos ojos, permanecía paralizada en el umbral de la puerta... Finalmente huyó.



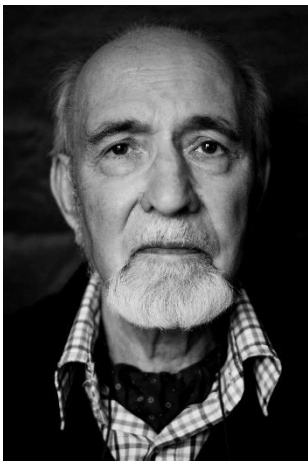
Jamás hubo una explicación entre los esposos de la escena en Capri. Volvieron a Roma, y Frida, dolida, resentida, vejada, jamás permitió a Massimo volver a tener relaciones sexuales con ella.

Encerrada en sí misma, recomida de celos y de orgullo, fue paulatinamente deslizándose en el apalancamiento y sedación mediante la autosatisfacción de sus necesidades sexuales. La excitación y masturbación por aquella imagen libidinosa y obsesiva en su recuerdo, se convirtió en su evasión y su encierro. Jamás necesitó ya del hombre al que despreciaba y amaba por igual, y la sola idea de ser penetrada la llevaba a la náusea.

Pero estando educada en el respeto a las normas sociales y el sentimiento del rango familiar, continuó ante la sociedad su papel de esposa feliz y confidente. Sólo en su interior, sin que se trasluciera en un mohín de labios desdeñosos o un relampagueo breve de ira, se fraguaba el rencor, denso, viscoso y vengativo hacia su hombre.

-Ooo0ooO-

-o0o-



©Julián Casado Lamoca